

II Domingo del Tiempo Ordinario • AÑO A • Jn 1, 29-34

- Primera lectura • Is 49, 3. 5-6 • *“Te hago luz de las naciones, para que seas mi salvación”.*
- Salmo • 39 • *“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”.*
- Segunda lectura • 1Co 1, 1-3 • *“La gracia y la paz de*

parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesús sean con vosotros”.

- Evangelio • Jn 1, 29-34 • *“Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Jesús es hijo y corde-ro que se entrega”.*

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: *«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».*

Y Juan dio testimonio diciendo: *«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios».*



Para situar el Evangelio

El pasado domingo, con el Bautismo del Señor, dábamos por acabado el tiempo de Navidad. Pero el Evangelio de este domingo tiene continuidad con los de las dos fiestas anteriores: es el tercer “cuadro” de un “tríptico” que empezaba con la fiesta de “Navidad”, Epifanía y que continua con el “Bautismo del Señor”. Son ‘cuadros’, estos tres evangelios, que ‘pintan’ a un Jesús manifestándose como el “Hijo de Dios”... o el “Cordero de Dios”. De hecho, este texto es el paralelo joánico a los relatos del Bautista que hacen los otros evangelistas.

En el texto del evangelista Juan aparece el otro Juan, el Bautista, como testigo enviado por Dios: Dios envió un hombre que se llamaba Juan. Vino como testigo, a dar testimonio de la luz, para que por él todo el mundo creyera (Jn 1, 6-7).

Para fijarnos en el Evangelio

Jesús aparece “viniendo” hacia Juan Bautista, que representa las esperanzas de Israel. Es la primera aparición de Jesús en este evangelio. Jesús, que “viene”, da cumplimiento a las promesas de Dios (Is 40,10). “Viene” a hacer realidad que el dominio del pecado será desechado del mundo cómo había anunciado el profeta Isaías (Is 40,2).

El evangelista destaca al Bautista como testigo enviado por Dios. Primero ha sido instrumento humilde para que “él se manifestara en Israel”. Ahora da testimonio, lo muestra a todo el mundo que quiera “mirar”. Hace falta “mirar” Jesús (Jn 1,29.35) e ir a vivir con él (Jn 1,39.46) para conocerlo (Jn 1,26; 8,19; 10,14; 14,7ss; 17,3), estimarlo-amarlo (Jn 14,15.21ss; 16,27; 21,15ss) y se-

guirlo (Jn 1,37ss; 1,43; 8,12; 10,4.27; 12,26; 21,19.22).

El testimonio del Bautista acerca de Jesús es claro reconocimiento de la superioridad del Mesías: Jesús es anterior a Juan: “Está por delante de mí, porque existía antes que yo” (Jn 1,30;1,1). Le supera en dignidad, ya que Juan no merece desatar la correa de su sandalia (Mc 1,7); Juan bautiza sólo en agua (Jn 1,3 1 -1 Mc 1,8); Jesús “ha de bautizar con Espíritu Santo” (Jn 1,33); Jesús es el novio, al que pertenece la esposa, mientras Juan sólo es el amigo del novio (Jn 3,29). Y, como se dice hoy, Juan llama a la conversión de los pecados (Lc 3,3), mientras Jesús es “el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.



Otra característica de este evangelio es que pone un acento especial en la acción del Espíritu Santo sobre Jesús. Con este acento se pone de manifiesto que en Jesús se cumple otro anuncio de Isaías: "El Espíritu del Señor se pondrá encima de él..." (Is 11,2). Jesús es, pues, el Mesías. El Espíritu es quien hace de Jesús "el Hijo". Juan Bautista es testigo de que Jesús lo ha recibido y que bautiza con el Espíritu; es decir, el Bautista tiene interés en decir que Jesús da el Espíritu Santo a todo el mundo quien lo quiera recibir. Y el fruto del bautismo de Jesús, que transforma en lo más íntimo, es que quien lo recibe se convierte en hijo/a de Dios.

Como en todo 'el tríptico' que contemplamos (Mt 2,1-12; Mt 3,13,17; Jn 1,29-34), esta escena se centra en la identidad de Jesús. Por boca del Bautista se le denomina "el cordero de Dios". El título "Cordero de Dios", aplicado a Jesús, aparece dos veces en el evangelio de Juan, otras dos en la 1ª de Pedro, una vez en Hechos, y unas treinta en el Apocalipsis. Pero, ¿en qué sentido se dice que Jesús es "el cordero..."? ¿De qué cordero se trata? ¿Qué sugiere esa figura? Tres interpretaciones son posibles.

El cordero más conocido en la historia de Israel era el que se inmolaba todos los días en el templo, con sentido de adoración más que de expiación. Además, el sacrificio de corderos estaba previsto en otros momentos: en sábado (Num 28,9), en el primer día del mes (Num 28,11) en las fiestas solemnes (Num 28-29), en la restauración del templo (2 Cr 29,22), en la purificación de los leprosos (Lv 14,10ss) y de la mujer que da a luz (Lv 12,6), en el sacrificio expiatorio (Lv 4,32), y en la ofrenda espontánea o en cumplimiento de un voto (Num 15,2-5). ¿Era Jesús quien, como cordero de Dios, llevaba a su cumplimiento y plenitud esas ofrendas?

Más acertada parece la relación con el "cordero

pascual": "Os han rescatado... con la preciosa sangre de Cristo, cordero sin mancha" (1 Pe 1, 18-20); "vi un cordero como sacrificado... porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación..." (Ap 5,6ss); "nuestra víctima pascual (= nuestro cordero pascual), Cristo, ha sido inmolado" (1 Cor 5,7). Se ve, pues, a Cristo como verdadero cordero pascual, en oposición a los que, en la fiesta de Pascua, se inmolaban en el templo y se comían en casa. Este significado se refuerza por la insistencia del cuarto evangelio en el hecho de que Jesús fue crucificado la víspera de Pascua, en el mismo día y casi a la misma hora en que eran inmolados los corderos en el templo y, en lugar de romperle las piernas, tormento normal con los ajusticiados, a Jesús no le rompieron ningún hueso y sólo fue atravesado por la lanza (Jn 19,36).

Por último, Jn 1,29 podría relacionarse con los impresionantes poemas del Siervo de Yahvé: Is 52,13-53,12. El paralelismo de las ideas de ambos textos bíblicos es sorprendente: el dolor, el pecado, la pasión, la expiación libremente aceptada. El Siervo de Yahvé, como un cordero llevado al matadero, carga con nuestros dolores y enfermedades (cfr. Mt 8,17).

El evangelio de Juan tiene interés en decir que Jesús es "un hombre". Antes, en este mismo capítulo (Jn 1,14), con la palabra carne, ha destacado la condición humana de Jesús (limitación). Más adelante sigue Juan presentando a Jesús como un hombre (Jn 4,29; 5,12; 7,12.46; 9,11.12.16.24; 10,33; 18,17.29; 19,5.12). De todas estas, destacar la proclamación de esta 'verdad' de la fe cristiana que el evangelista pone en boca de Pilat: "¡Aquí tenéis el hombre!" (Jn 19,5). En Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, tenemos la verdadera imagen de Dios y la verdadera imagen de la humanidad tal y como Dios la creó (Gn 1,27).



- Ruego por pedir el don de comprender el Evangelio y poder conocer y estimar a Jesucristo y, así, poder seguirlo mejor.
- Apunto algunos hechos vividos esta semana que ha acabado.
- Leo el texto. Contemplo y subrayo.
- Ahora apunto aquello que descubro de JESÚS y de los otros personajes, la BUENA NOTICIA que escucho... Israel, representado por Juan, ve completadas sus esperanzas en Jesús. ¿Cuales son mis esperanzas y las de mi pueblo? ¿Encontramos en Jesús las respuestas a estas esperanzas?
- Y vuelvo a mirar la vida, los HECHOS vividos, las PERSONAS de mi entorno... desde el evangelio. ¿En qué hechos vividos esta semana he recibido testimonio de alguien, alguien me ha mostrado a Jesús? Y yo, ¿he dicho a otros de los que me rodean aquello de "mirad a Jesús"?
- Llamadas que me hace -nos hace- el Padre hoy a través de este Evangelio y compromiso.
- Plegaria. Diálogo con Jesús dando gracias, pidiendo...

HAZNOS SENSIBLES A TU VOZ

Estás en el corazón de todo lo creado proclamando tu mensaje de vida.

En las cosas que duermen
y en las que despiertan y cantan,
silban, gimen, acarician o golpean.

En los seres cuando hablan
y en su silencio que nos sobresalta:
en el jadeo de los que sufren,
en el diálogo de los que aman,
en la risa de quienes viven
y en el grito de quienes no tienen palabra.

Estás en todas partes y a cualquier hora.

Hablas en el susurro callado
de la historia más cotidiana.

¡Tantas veces te he dicho que hables,
que digas, que hagas algo!

Y estás hablando siempre,
sobre todo cuando yo callo,
y miro y observo y contemplo...

Tú, Espíritu, lo llenas todo
y yo sólo veo apariencias,
cuando no obstáculos.

Haznos sensibles a tu voz,
a tus susurros y tus gemidos,
a tu risa y tu clamor,
para que podamos descubrir
tu rostro, tus manos, tu palabra,
aquí, en nuestra vida cotidiana
que tú sostienes y recreas cada día.

Ulibarri, Fl.

Ver • Juzgar • Actuar

"Llamados a ser apóstoles"

VER

Algo necesario para que las personas podamos crecer y madurar correctamente es que nos motiven positivamente. Nos gusta que se valore lo que hacemos, no por orgullo o autocomplacencia, sino porque necesitamos sabernos útiles y que estamos haciendo bien las cosas. Del mismo modo que necesitamos que cuenten con nosotros. Y eso, aunque es fundamental en la infancia y juventud que los padres den ese refuerzo positivo a los hijos, también resulta necesario en la edad adulta, para no quedarnos estancados en nuestra maduración personal, creyendo que no "servimos" a nadie, que no somos útiles.

JUZGAR

El lunes pasado retomamos el tiempo ordinario, tanto en la liturgia como en nuestra vida cotidiana. Y hoy Dios, como buen Padre, por medio de su Palabra nos ha motivado positivamente, para que esa vuelta a lo cotidiano no suponga volver a la rutina o la mediocridad.



Tras haber celebrado la presencia del Dios-con-nosotros, el Señor nos ha dicho en la 1ª lectura: «*Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso*». El Padre «*está orgulloso*» de nosotros, Él valora mucho, que, desde nuestra libertad, hayamos acogido a su Hijo y dejado que se encarne en nuestra vida.

Y nos lo hace saber para motivarnos a seguir avanzando y creciendo. Por eso continúa diciendo: «*Es poco que seas mi siervo...*». Dios no quiere para nosotros una vida de fe mediocre, empuñada. Dios quiere lo mejor para nosotros, no nos quiere como siervos sino como verdaderos hijos suyos. Y además cuenta con nosotros para una misión: «*te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra*». Es poco vivir la fe como simples siervos, como un puro cumplimiento de normas y preceptos «*para que Dios no nos castigue*», considerando a Dios más como un «*amo castigador*» que como un Padre de amor, perdón y misericordia.

Estamos llamados a ser mucho más que siervos, como hemos escuchado en la 2ª lectura: «*Yo, Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por designio de Dios...*». Podemos poner nuestro nombre en esta frase, porque es Dios mismo quien nos llama a ser apóstoles de Cristo Jesús. Dios cuenta con nosotros para dar testimonio de su luz, esa luz que en Navidad hemos celebrado que ha empezado a brillar, y que nosotros debemos llevar para iluminar las tinieblas de nuestro mundo.

Y somos «*apóstoles de Cristo Jesús*»: no nos anunciamos a nosotros mismos, ni proclamamos nuestras ideas. Como Juan el Bautista, nuestra misión es señalar la presencia de Jesús Resucitado en nuestro mundo: «*Éste es el Cordero de Dios... Éste es...*». Y eso requiere por nuestra parte un conocimiento cada vez más personal y profundo del Señor. «*Yo no lo conocía...*» decía Juan el Bautista. No podemos ser apóstoles si sólo tenemos un conocimiento superficial del Señor, necesitamos primero estar con Él, ser discípulos, necesitamos la



oración, la formación, la celebración de los sacramentos, para que nuestra fe sea madura y poder después ser apóstoles, y decir de modo creíble: «*yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios*».

ACTUAR

Demos gracias a Dios por sus palabras de ánimo motivándonos a continuar creciendo y madurando humana y cristianamente siendo santos, sea cual sea nuestra edad y condición personal y social, y por contar con nosotros para que su salvación alcance hasta el confín de la tierra. Y ante esta confianza que Dios deposita en nosotros, preguntémonos: ¿Vivo mi fe como siervo, o como hijo? ¿Me siento llamado por Dios a ser discípulo-apóstol-santo? ¿Conozco al Señor, podría señalar su presencia a otros? ¿Cómo evaluaría mi oración? ¿Formo parte de algún grupo de formación para que mi fe crezca y madure? ¿Participo activa y conscientemente en la Eucaristía?

Gracias a la presencia del Dios-con-nosotros, tenemos la oportunidad de dar a nuestra vida un impulso inimaginable. Estamos llamados por el mismo Dios a ser apóstoles de Cristo Jesús, y esa meta traspasa las fronteras de lo cotidiano, rutinario y mediocre. Dios Padre está orgulloso de nosotros, cuenta con nosotros. Ojalá sepamos responder a su confianza aprovechando los medios que tenemos para responderle con sinceridad lo que hemos repetido en el Salmo: «*Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*».



Acción Católica General
Alfonso XI, 4 5º
28014 - Madrid
www.accioncatolicageneral.es